

A las Voces Calladas

Fernanda Sierra, 21 de diciembre de 2024

Esa mañana del 21 de diciembre me levanté al sentir el sol que se inclinaba por las ventanas y sacudía mis ojos, salí caminando a lavarme la cara, el viento azotaba fuerte y se espesaba con el polvo que salía de la tierra como las miles de personas que estábamos ahí con la idea próxima de poder vivir dignamente. Yo había llegado a la escuela unos días antes con mi familia. Esa mañana nos sentamos en una colcha que tiró mi mamá al suelo y mientras comíamos un pedazo de pan mi papá le dijo a mi mamá que tenía que reunirse con sus compañeros, que nos quedáramos en la escuela y que no saliéramos por nada del mundo, que ya había rumores de que estaba tenso el ambiente y teníamos que cuidarnos.

Antes de irse mi papá miró a mi mamá y a mí a los ojos y con sus ojos vidriosos nos dio el último aliento de esperanza, diciéndonos que nada pasaría y que eran tantos los obreros que habían logrado unirse a la huelga que ningún rico y ningún gobierno podría pasar por sobre ellos. La organización de los trabajadores y las trabajadoras cambiará el mundo, lo que está pasando hoy será parte de la historia. Mi papá se fue alejando entre las personas y su sombra desapareció tan pronto como sus huellas en el polvo.

Me quede sentada mientras mi mamá empezaba a ordenar las cosas que teníamos, me dijo que me levantara y recogió la colcha, la sacudió y la guardó en el único bolso que traíamos, se levantó el pelo y se lo amarró con una pitilla que estaba tirada en el suelo. No alcancé a levantar la mirada cuando de pronto habían unos soldados echándonos de la escuela, mi mamá me dijo que me quedara quieta y saco rápido el chal que había guardado en el bolso y me lo tiro encima, cuchucándome, no te levantes hasta que no escuches ni un soplo en el aire. Mi cuerpo tiritaba y fue tanto el miedo que sentí que el poco té que había tomado lo expulsé entre las piernas sintiendo un calor que se esparcía y recorría hasta mis pies.

Mi cuerpo estaba congelado y no me podía mover, intenté taparme los oídos, pero fue imposible no escuchar, los gritos se alzaron en todo el lugar, el olor de la pólvora inundó el aire, los cuerpos comenzaron a caer, las personas corrían de un lado a otro sin rumbo final, yo me puse a llorar y dejé de escuchar la voz de mi mamá, y todo se convirtió en caos. No hubo tiempo para pensar, solo para resistir. La tierra temblaba con cada disparo. Vi a mi madre caer al suelo, ensangrentada. El llanto de las personas era una sinfonía que se mezclaba con los disparos. Mi corazón latía fuerte y ya no me inundaba el miedo sino el tremendo dolor de saber que había perdido a mi madre, que quedó tendida en el suelo con el bolso agarrado entre sus brazos. Corrí al baño de la escuela y me lancé al suelo junto a otras niñas del campamento, tratando de mantenerme alejada de las balas.

Cuando finalmente cesaron las balas y no se escuchaba ningún silbido, me fui caminando lentamente y logré llegar a la plaza, era un escenario tenebroso, los cuerpos de hombres y mujeres tirados,

ensangrentados, sus ojos me miraban. No entendía que había pasado, la masacre había llegado, y con ella se había llevado a las personas mas importantes de mi vida.

Los soldados caminaban entre los muertos, habían cumplido su deber. Y entonces, cuando todo estuvo en silencio, cuando ya no quedaba más que el eco de los gritos callados, pensé:

Nos han masacrado nuestros sueños y esperanzas
Ningún grito se podrá apagar
Nuestra memoria será mas fuerte que sus balas
Que el miedo y la desesperanza
Nuestra lucha seguirá más fuerte aún
La sangre demarrada por nuestros compañeros y compañeras en la Escuela Santa María de Iquique
ha germinado como una semilla que crece en el desierto
No olvidaremos y resistiremos
Tejiendo la lucha obrera que sigue viva como la voz de los que hicieron callar